

4-30-2011

Ya no puedo ser poeta

Nayví Hernández

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Hernández, Nayví. 2011. Ya no puedo ser poeta. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 3, 12.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.3.4>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss3/6>

This POESÍA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Nayví Hernández

Ya no puedo ser poeta

Llevo meses sin poder escribir
Y una eternidad en las tinieblas
Abuelo, te extraño demasiado
Imito la profunda necesidad
de expresar mis sentimientos
No sé dónde está Pentesilea...
El callejón de los gatos vuelve a aparecer
en mi memoria

Mis ideas no tienen dueño
¿Acaso soy la mujer que más admiras?
Duermo para poder olvidar
Amapolas negras, cuchillos, gritos, tinieblas,
ya se acercan las oscuras golondrinas
Neruda: sucede que también me canso
de ser hombre... ¿y ahora qué?
Verdades, verdades, verdades, mentiras
Ya no puedo ser poeta.



José Murani, *Paintings 1*

María Eugenia Caseiro

Diáspora

Y continúa la marcha
siempre la misma marcha
que nos trae una ciudad desconocida.
Esa ciudad distinta que no nos reconoce
a pesar de haberla elevado alguna vez
al asta de los sueños con los ojos abiertos
a su tenaz insinuación de bandera novedosa.
A pesar de haberla recorrido
con la antena parabólica del pensamiento
por ese deseo de perdernos,
de encontrarnos, a través de la distancia...
ciudad que hoy nos disfrazo
de fantasmas extranjeros.

Pero hay sin embargo otros fantasmas
que como la ciudad
padecieron nuestra búsqueda
y ahora padecen esa ausencia nuestra
y el dolor de haber quedado atrás,
jauría del pesar que nos persigue.
La marcha, esa marcha que continuamente
nos obliga,
que continuamente nos hace parir
piernas y pies,

echarlos a la carrera, a este viaje de no ser
que no se acaba nunca y reproduce el paso
a veces lentamente como si el camino fuera
un pantano, un arsenal de espinas
o una línea absurda.
El hombre es también un animal absurdo
que busca salirse de la raya de lo absurdo
y el absurdo le espera recostado a su cadáver
en el andén del tiempo en cada ciudad distinta,
en cada paso que da para morir,
y siempre muere,
aunque sea ese morir nacer de nuevo
a lo desconocido.

La marcha, esa marcha itinerante
a veces con tal velocidad
que cruje el vacío a nuestros pies
y se incorpora
de manera brutalmente cierta en cada paso,
explota en esa geografía
que aún nos desconoce.